

EL AGUILA,

PERIODICO INSTRUCTIVO Y LITERARIO.

SÉRIES DE 90 INDIVIDUOS PARA JUGAR Á LA LOTERÍA

<p>Sale cuatro veces al mes. Para cada série de 90 suscritores, se toman, un billete entero, cuatro décimos y ocho papeletas de la Primitiva y cuatro suscripciones gratis.</p>	<p><i>Preptos de Suscripcion.</i> 5 reales al mes en la capital, 18 reales por trimestres adelantados, fuera de la capital.</p>	<p>Se suscribe en Sevilla en su redaccion calle de la Cerragería núm. 34, y por nuestros corresponsales en los principales pueblos de la provincia, y en todas las administraciones de correos del reino.</p>
<p>Año I.</p>	<p>Lúnes 22 de Febrero de 1858.</p>	<p>Núm. 2.º</p>

Ciencias Naturales.

El hombre considerado sobre la tierra.

(Continuacion.)

IV.

Por los diferentes medios de que se valió el Omnipotente para poblar la tierra de la especie humana, y para cubrirla con los séres inferiores, podemos discernir las huellas de aquella sabiduría que ostenta la divina providencia en todas sus obras. Si no hubiese habido mas que un solo par de cada género de animales, y un individuo de cada familia de las plantas, y si estas se hubiesen creado en un solo punto de la tierra, las inmensas regiones separadas por anchos mares y elevadas cordilleras hubieran quedado para siempre destituidas en parte, sino en su totalidad, de plantas y animales, á menos de haberles dado mayor poder dispersivo que el de que gozan. Para prevenir un resultado que no hubiera estado en armonía con el sistema general del universo, cada region separada del globo fué provista de una porcion distinta de plantas y de animales. Mas para con el género humano no era necesario un proceder semejante. El hombre fué dotado de una organizacion capaz de acomodarse á todo clima, y con facultades propias para atender á todas sus necesidades. Así pues, surca el Océano y los mares, atraviesa sierras y montañas resistiendo al calor y al frio, modificando con su industria y arte la accion que egerce sobre él las influencias atmosféricas. Dotado de estas cualidades fué primitivamente colocado en un solo punto de la tierra.

Hoy la especie humana se halla esparcida y ocupa todos los puntos y lugares del globo. En las regiones mas ardientes, en la helada proximidad de los polos, en las más remotas islas circuidas por las aguas y que parecen estar como separadas del mundo, allí está el hombre, allí vive, y allí perpetúa su especie. En el Norte estiende su morada hasta los setenta y cinco grados y al Sur se le vé en las rojas y áridas playas de la tierra del fuego. En una parte sufre un calor mayor que el que basta para hacer hervir el agua, en otra soporta un frio que congela al azogue.

A pesar de las variedades que vamos á notar, no cabe la menor duda, que el hombre forma no solo un género único sino tambien una sola especie; ó bien que, cualquiera que sean las variedades que observemos en la raza humana, diman primitivamente de un solo par de individuos.

Para que algunos de nuestros lectores puedan comprender con mas claridad, esplicaremos aunque muy brevemente qué se entiende por género y especie.

Especie: la forman la reunion de individuos ya vegetales ya animales caracterizados por una estructura ó conformacion peculiar fija, constante é inmutable, que pasa sucesivamente de una á otra generacion: así se dice que dos animales son especificamente distintos si están caracterizados por alguna peculiaridad que en el trascurso de generaciones no se pierda ni menos á trasmitirla el uno al otro; así el caballo siempre será caballo y el asno será siempre asno. En este concepto bajo la palabra especie comprenderemos á los séres de igual estructura y conformacion.

Por género se entenderá una idea mas estensa. Hay especies tan parecidas entre sí que desde luego concebimos la existencia de alguna relacion entre ellas. El caballo y el asno, el toro y el búfalo, la lieña y el tigre, son ejemplos que esplican esta accion, puesto que nos presentan una semejanza muy notable: de modo que, la palabra género comprende la coleccion de individuos de varias especies que tienen entre sí una notable semejanza.

No siempre es fácil determinar si varios animales son de una misma especie ó de especies distintas, pues la multitud de variedades que muchas especies presentan, han llenado de confusion á los naturalistas al emprender la tarea de clasificarlas. Por eso al tratar de la especie humana es necesario fijar un poco la atencion, antes de sentar proposicion alguna que pueda inducir al error.

Lo primero que debemos tener presente son las leyes generales de la economía animal, puesto que si hallamos que cualquiera que sean las variedades que presente la especie humana, es igual en ellas la duracion de la vida, los fenómenos de sus funciones naturales, las mismas dolencias, la misma susceptibilidad de adquirir contagios, etc. Tendremos motivos suficientes para creer son todos de una misma

especie. Ecsaminemos estos puntos y confirmaremos esta verdad.

La duracion de la vida. Esta es igual en todos los hombres, de cualquier raza y de todo país. El europeo desde el español meridional, hasta el japon vecino al polo; el habitante del abrazador y arenoso clima del Africa; el salvaje de la América y de las Islas del océano, el Indio del Canadá y el habitante del Celeste imperio (la China) todos tienen igual duracion de vida. Lo mismo el de color negro, como el cobreño, amarillo y blanco. Los ejemplos de longevidad (larga vida) igualmente se observa en unos que en otros. Si una vez se nos dice que un negro en América ha vivido 130 años, otra nos refieren el habitante de los Alpes que murió de 100 ó mas. Entre nosotros hemos visto y tratado sujetos de ambos sexos que han pasado del siglo y apenas harán dos ó tres años cuando en esta ciudad falleció una muger de 117.

Si en algunos pueblos vemos que sus habitantes no gozan de larga vida, no lo atribuyamos á su variedad ni al clima, culpemos solo á su método de vida, pues sus muchos trabajos y penalidades, ó sus abusos y excesos son los que le ocasionan una muerte prematura.

En cuanto á las enfermedades y á la susceptibilidad de contagiarse, todos los hombres son tambien iguales. La peste, la fiebre amarilla y el cólera, desgraciadamente lo comprueban. Luego segun las leyes de la economía animal que hemos visto ser iguales en todos los hombres nos prueban con bastante certidumbre que la especie humana es única y distinta de todos los demás seres inferiores.

Pero llevemos mas adelante nuestra analítica observacion, y ecsaminemos la variedad del color, complecion, figura, estatura, etc. que se observan entre los individuos de la especie humana, y comparemosla luego con las que presentan otras especies de animales.

Primera variedad, el color. Bien notorio es la relacion que ecsiste entre el color de la piel, del cabello y de los ojos, salvo algunas cortas escepciones el ojo azul ó claro corresponde al cutis blanco y pelo rubio; mas la relacion de color entre el cutis y el pelo es casi general. Las mujeres asiáticas y africanas suelen tener el pelo negro y el cutis muy blanco, pero esto depende sin duda, al encierro en que viven y al caido que se dan, estando por consiguiente libres de la accion de los rayos del sol. Siguiendo la opinion de un célebre naturalista, dividiremos á la especie humana en tres secciones, tomando por tipo el color del pelo; la *melánica* ó negra, la *xanta* ó rubia y la *albina* ó blanca; ó sean individuos de pelo negro ó castaño oscuro, de pelo rubio ó rojo, ó de pelo blanco y ojo colorado, que llamamos albinos.

La variedad melánica forma la clase mas numerosa y la que mas prevalece con especialidad en los puntos meridionales. Este pelo es de testura y crecimiento muy vario, desde el largo y lacio de los naturales de América, hasta el encrespado y lanudo del negro africano. A este pelo acompaña un cutis cuya color varia desde el blanco griego, hasta el negro de azabache del abisinio. Tambien se combina con la piel cobreña del americano, con la amarilla del chino y con el aceitunado de algunos asiáticos.

(Se concluirá.)

EDUARDO LOPEZ.

Costumbres.

Sevilla en el año de 1570.

(Conclusion.)

Al llegar el Rey y su comitiva á la puerta Real se cerraron estas y se presentó á S. M. el asistente y respetuosamente le dijo: «que Sevilla suplicaba á S. M. jurase los privilegios, usos y costumbres que por sus antecesores los Reyes le habian sido conferidos, guardados y respetados» á lo que respondió el Rey: «que le placia.»

Acabado el juramento, el asistente le presentó las llaves de la ciudad y acto continuo se abrieron las puertas al compás de los instrumentos músicos, disparos de artillería y de mosquetes y repique general de campanas.

Entró el Rey en la ciudad montado á caballo y bajo un grande y rico palio, cuyas varas llevaban los veinticuatro del ayuntamiento, siguiendo por las calles de las Armas, Sierpes, Plaza, calle de Génova y Gradas. Todas las casas estaban adornadas con ricas colgaduras y flores, y en la carrera se hallaban todas las corporaciones civiles y religiosas, los gremios con sus banderas y estandartes, notándose entre todos la comunidad de S. Francisco de la casa grande que presentó en la plaza cerca de 500 religiosos. En la calle de Génova se hallaban el clero secular, universidad de beneficiados y cabildo catedral, el cual aumentó el número de niños llamados séises, formando dos comparsas de á ocho, una destinada al canto y la otra al baile.

Delante de la puerta grande habia un soberbio arco triunfal y á sus lados dos andenes donde se hallaba colocada la capilla de música dividida en dos coros.

En el porche de dicha puerta se constituyó un magnífico altar de plata, donde se arrodilló el Rey y despues de hacer oracion, juró en las manos del dean respetar los privilegios concedidos por él y sus antecesores á esta Santa iglesia.

Al mismo tiempo, en una antigua torre, que existía en una esquina frente á la Catedral y que se llamó la torre del Aceite y despues del almirantazgo, pendiente de un aparato de cuerdas y garruchas estaba un buque del porte de un bergantin, el cual artificialmente se comenzó á incendiar arrojando tanto fuego y con tal estruendo que hasta el mismo Rey quedó sorprendido. Cantado que fué el Te-Deum y despues de haber adorado el Lignum Crucis, salió S. M. por la puerta de la Lonja. A la entrada del Alcázar, y en uno de sus torreones penitía de la propia forma que el buque un enorme dragon, cuyos fuegos y estruendo fué así mas sorprendente que el del bergantin.

Quince días estuvo el Rey y su córte en esta ciudad, y los torneos, toros, cañas, mascaradas y demás fiestas que le hicieron fueron tantas, que se necesitaria un volumen para describirlas. A su salida le donó Sevilla á su monarca seiscientos mil ducados. Tal era la riqueza de esta poblacion y tal ha sido siempre el amor y el cariño que le ha tenido á sus Reyes.

Los grandes del reino al llegar á la córte conaban admirados lo que habian visto y presenciado

seguramente á
y mal criadas,
ne pomen á los
para quienes es
- pero, que im-
- pero, que im-
- pero, que im-

seguramente á
y mal criadas,
ne pomen á los
para quienes es
- pero, que im-
- pero, que im-
- pero, que im-

seguramente á
y mal criadas,
ne pomen á los
para quienes es
- pero, que im-
- pero, que im-
- pero, que im-

júbilo redoblar
al verle, le h
delirante. Pero
una sola, pude
habia sido sem
ver continuam
precisos resp
cho pedir á n
para el campo
sentido en el
para aguardar

Nos abrazó
para darnos ot
cincuenta la
pasos que teni
las ventanas.
vidrieras, sigui
do los siglos
siguiente por l
vernos á junta
al oír el ruido
Con qué júbil
corazon! Cómc
primeras legua
de placer, pue

la puerta Real
M. el asistente
villa suplicaba
costumbres que
habian sido con-
lo que respon-

ente le presentó
uo se abrieron
neatos músicos,
s y repique ge-

ntado á caballo
as varas lleva-
ento, siguiendo
es, Plaza, calle
casas estaban
y flores, y en la
oraciones civiles
nderas y estan-
unidad de S.
presentó en la
En la calle de
ar, universidad
el cual aumentó
s, formando dos
al canto y la otra

oía un soberbio
enes donde se
sica dividida en

constituyó un mag-
odilló el Rey y
las manos del
idos por él y sus

torre, que exis-
ral y que se lla-
al almirantazgo,
as y garruchas
rgantín, el cual
r arrojando tan-
ta el mismo Rey
né el Te-Deum
um Crucis, salió
A la entrada del
nes penña de la
e dragon, cuyos
prendente que el

u córte en esta
mascaradas y
i tantas, que se
ibirlas. A su sa-
seiscientos mil
esta poblacion y
cariño que le ha

á la córte con-
o y presenciado

porta la opinion de la indiferencia? Nosotros ni
conocidos los afectos particulares. Pero, qué im-
el todo la politica universal, porque los son des-
sères sensibles, aquellos susugios para quienes es
por que este es el gran defecto que ponen á los
ciar como gentes poco atentas y mal criadas,
Marchose por fin para irnos seguramente á
pues ya no tardaríamos.

hora empieza la diversion?—A las ocho.—Ola!
por la sala, despues mirando su reloj: «y á qué
—Pienso en eso.» Dio otras dos ó tres vueltas
pondió la dama).—«Vos ireis allá regularmente?
hoy cuando Mad. de... tiene visita?—Sí, (res-
(dijo á corto rato, y de nada se habia); no es
nostalabos....» «Pues ahora que se habla de eso
sacaba el reloj, y no respondíam mas que por mo-
á levantar, cortó la sala de un ángulo á otro,
ciente primo. Se levantaba, se sentaba, volvíase
Mas esto era sumamente difícil á mi impa-

el frío aspecto de la sociedad.
zos, suspender deliciosas sensaciones, y tomar
por ella nos fué preciso desentender nuestros la-
ni menos que saber de nosotros, y no obstante
nosotros interese alguno: nada tenia que decirnos,
Aquella muger no nos causaba, ni ella sentia por
de penas, para entregarnos á cosas indiferentes!
rancarnos de placeres interiores, y aunque fuese
que politica es esta que nos obliga á veces á ar-
mento llegó á hacer una visita á mi tía! Dios mío!

— 43 —

júbilo redoblaba su vivacidad!.... Cualquiera,
al verle, le hubiera tenido por un verdadero
delirante. Pero entre mil frases, de que nó acabó
una sola, pude llegar á percibir que su noche
habia sido semejante á la mia: que el temor de
ver continuamente ponerse entre nosotros los
precisos respetos de la Sociedad, le habia he-
cho pedir á mi tía que apresurase la marcha
para el campo; que su buena mamá habia con-
sentido en ello; y que él se iba al momento
para aguardarnos allá.

Nos abrazó, y marchó; subió segunda vez
para darnos otro abrazo, y despues volvió otras
cincuenta la cabeza en el espacio de algunos
pasos que tenia que dar hasta perder de vista
las ventanas. Tambien yo estaba pegada á las
vidrieras, siguiendole con mis ojos, y calculan-
do los siglos que se iban á pasar hasta el día
siguiente por la mañana en que deberíamos vol-
vernos á juntar. Y en este día, cuál fué mi gozo
al oír el ruido del coche en que deberíamos ir!
Con qué júbilo subí á él! Cómo palpitaba mi
corazon! Cómo seguía palpitándome! En las dos
primeras leguas era de impaciencia; en la tercera
de placer, pues Verval estaba conmigo.

— 46 —

ria el arte de adelantarse precisamente á aque-
me suponía deseos, y se engañaba: el otro, te-
Cuánia diferencia entre él y su hijo! El uno,
causa, habria destruido toda su dulzura.

¡oto de odio para las gentes maltratadas por mi
gun placer, el temor de llegar á ser un ob-
por alguna parte pudieran haberme dado al-
motivo de tratamientos tan duros, que aunque
con respecto á los que dependian de él, un
que hace una cosa contra su carácter; y gran,
aquella poca gracia que regularmente tiene el
dian todo el mérito. Además tenia para ellas
ba realizar de tal modo su importancia, que per-
conocimiento; pero al mismo tiempo, procura-
empeño hechas, que deberían obligarme al re-
ficulares, tan continuadas, y con tan cuidadoso
no cesaba de abrumarme con atenciones tan par-
Este se fué aumentando despues, aunque el

noctido.
advertí desde la primera vez que le habia co-
sintiendo en mi corazon el mismo desvío que
hábese ó mas bien mis labios las tocaron,
vándome hacia sí, me presentó su megitilla, y
Despues, lle-
tas buenas! Acércate, querida.» Después, lle-
estas aquí! Qué hay hija mía! parece que es-
ot decir: «y Victoria, donde está? Ola, qué
cuando, buscándome cuidadoso con sus ojos, le
algunas horas? Pero, cuál fué mi admiracion
me habia de atrever yo, que no era mas que

— 38 —

Se me habia olvidado decir que Mad. de Ver-
val tenia un hijo del primer matrimonio que,
aunque único, habia querido seguir la carrera
de las armas. Hacia ya tres años que estaba
ausente, y entonces volvía de América. Yo ha-
bia visto el vivo y continuo cuidado de mi tía
por aquel jóven á quien amaba tan tiernamente
como si fuese su propio hijo, y de quien me es-
taba diciendo continuamente que era querida co-
mo una verdadera madre. Bien juzgué de aquí
cual debia ser su júbilo por esta razon: mas nun-
ca creí que la vuelta de su marido le pudiese
causar tanto. Cuando dijo: «Voy á volver á ver
á Mad. Verval y á mi hijo» habia mudado la in-
flexion de su voz al hablar del último; pero yo
no me maravillé por que conocia al primero.
Levántate, mi querida hija, (añadió) y no ten-
gas jamás semejantes inquietudes, porque care-
cen de todo fundamento. «Di á entender que
lo creia; mas á la verdad no habia quedado nada
convencida.

— 35 —

Capítulo VI.

AGRADABLE SORPRESA.

Al día siguiente á nuestra llegada, oimos
venir una silla: vamos corriendo á la ventana:
vemos abrir la portezuela.... Sale uno, entra

de aquella buena tia, que mis temores me ha-
 confianza, cuando me vi sola en la compañía
 mi alma, hasta entonces oprimida por la des-
 a quien se ve meditar el crimen, y preparar de
 desprecio que merecía. Tan odioso es el hipocrita
 visoso, á quien no puede manifestarse todo el
 Tan insubrible es la presencia de un hombre
 dida, y aunque se lo volvi con algun placer.
 á andarl' creo que recibí su abrazo de despe-
 Con qué desahogo respire cuando le vi echar
 negocios, le obligaron á volverse á ausentarse.
 ger y de su hijo. Por fortuna, otros mayores
 diferencia con que pagaba la ternura de su mu-
 extraordinarias que tenía conmigo, con la in-
 llegaba á irritarme cuando colajaba las atenciones
 le miraba con un horror increíble: horror que
 una tierna inclinacion al hijo, cuando á mi to
 Yo misma no sabia por qué habia tomado
 amaban al otro.
 es como el uno era temido, en tanto que todos
 le servian hacian la cosa como propia. Así
 cimbra de un modo tan arcaivo, que los que
 lense de otro, aunque pudiese mandarlo, lo soli-
 lo hacia todo por sí mismo, ó si tenía que va-
 na; y si añadía algo eran ruegos y plegarias por
 mi felicidad..... Ni aun me atrevia á decirle que
 dividiese conmigo las penas en que la suponía
 sumergida; como lo haría yo en igual caso.

En tanto llegó la noche, y una y otra guar-
 damos el mas profundo silencio. Mi mano siem-
 pre en la suya probaba de tiempo en tiempo aque-
 lla misma impresion de empezar á apretarla y
 detenerse de pronto. Siento..... Me arrojé á sus
 rodillas.—«Oh mi bien hechoral oh muger la
 mas respetable! Vos sois desgraciada. Esta lá-
 grima que ha caido en mi mano..... á mi cora-
 zon ha ido á parar: poned en él igualmente vues-
 tras penas; digno es de un tal depósito: creed á
 mi ternura.»

«Cuánto aprecio tu bondad, mi querida hija!
 (me respondió) y cuánto la manifiestas en esta
 accion! Pero tranquilízate: yo no tengo mas pena
 que la de estar amagada continuamente de vahidos.
 Esta es una enfermedad como cualquiera
 otra; y aun es mucho menos de lo que se cree
 por sus síntomas. Todo lo que agita violentamente
 los renueva, y en mi estado es cosa muy
 natural el sentir estos movimientos en el mo-
 mento en que voy á volver á ver á Mad. de Ver-
 val, y á mi hijo.»

de la indiscreta muger que en aquel mismo mo-
 (cuánto reneque, y cuánto renegamos todos
 tros corazones.
 grias y vuestras manos intérpretes de nues-
 bamos un religioso silencio, siendo vuestras lá-
 los buenos y honrados pensamientos, guardá-
 nados en la pura y dulce satisfaccion que dan
 de rodillas delante de ella, y todos vos, enage-
 la espada y me oprimió contra sí: Verval estaba
 mi rostro en su seno. Ella me pasó un brazo por
 guito su madre). Mi respuesta fué ir á ocultar
 correspondencia.—Es verdad, hija mía! (me pre-
 yo estoy bien seguro de que me paga con alguna
 tros corazones se han sabido entender bien, y
 primat—Oh! seguramente; sí, las conozco. La
 pref.—Pero tú conoces las disposiciones de tu
 ponerse á mis pies) dichoso, dichoso para siem-
 oh mi querida, mi amada prima! (volviendo á
 oh madre mía! (estrechándola entre sus brazos),
 de eso quisiera.....—Oh dicha! (escuchó Verval):
 disipa todo temor: á mi no me parece mal: lejos
 hayas asegurado en mi esperanza.—Pues bien;
 escuchame.—No, yo no escuchó mientras no me
 ama tanto, que le quiere tanto.....—Pero hijo,
 liz para siempre á tu hijo; á tu buen hijo que le
 solo en que lo que vas á decir hará feliz ó infel-
 mio—Oh! no, no mas peros, por Dios: piensa
 (Y ya estaba otra vez en sus brazos).—Pero, hijo

Capítulo IX.

LA CASA DE CAMPO.

Su padre, por su caudal, y por el estado
 en que se hallaba pudiera haber tenido una gran
 posesion, un hermoso palacio, y ser señor ju-
 risdiccional. Al mismo, no le faltaban los de-
 seos de ello desde que sus especulaciones con
 el gobierno le habian enriquecido, pero estas
 mismas especulaciones le tenían por lo comun
 ausente, y Mad. de Verval habia encontrado
 siempre medios para dispensarse de hacer por
 él esta adquisicion. El pretexto era el temor de
 acertar á darle gusto; y el verdadero motivo, el
 deseo de evitar los muchísimos conocimientos
 que le era preciso cultivar á causa de su ma-
 rido, y que si hubiese tenido un palacio, y mas
 en las inmediaciones de la ciudad, no hubieran
 dejado de ir á incomodarles con su inutilidad.
 Mas adelante, supe que tenía todavía otro mo-
 tivo mas propio de su buen corazon, que era
 el temor de que la dureza de Mad. de Verval
 no hiciese tantos desgraciados cuantos fuesen sus
 vasallos. Siendo simple particular, solo podía
 atormentar á sus criados, y era muy fácil á su
 dulce compañera el recompensarles de algun mo-
 do pero, señor, habria visto abrumar á un lu-

en la entrada
 terminando su
 á ser un refra
 en Sevilla no

El

DE D.

Angel.... Mu

torna

mira

¿ves

abroj

Há

no tie

que

y yo

si un

Tu

que

si en

mas.

de la

Diablo.... No

allá e

postr

dicién

con a

¿Y

tu tie

y ent

que s

es tar

Sig

hácia

tú en

que

en el

Angel.... ¿D

ay! U

la an

ellas

del

Ba

un a

deter

no se

y llo

en la entrada y permanencia del Rey en Sevilla, terminando sus relatos con una frase que ha venido á ser un refran entre nosotros: «Quien no ha estado en Sevilla no ha visto maravilla.»

FERNANDO CUEVAS.

El Angel y el Diablo.

POESIA

DE D. EUGENIO SANCHEZ DE FUENTES.

I.

La Lucha.

Angel.... Muger, muger hácia atrás
torna el paso, tal vez llores,
mira que á perderte vás;
¿ves esa senda de flores?
abrojos son.... nada más!

Hácia ese sol, niña mia,
no tiendas tu blando vuelo
que su luz te quemaría,
y yo puedo darte un cielo,
si un cielo tu pecho ánsia.

Tuyas serán estas alas
que me dió la Omnipotencia
si en la pureza me igualas...
mas... si el perfume exhala
de la flor de la inocencia.

Diablo.... No has visto un fantasma, di,
allá en tus sueños de oro
postrado, niña, ante tí,
diciéndote «Yo te adoro»
con ardiente frenesí?

¿Y una llama no sentiste
tu tierno pecho abrazar?
y entonces no conocistes,
que sí el corazón existe
es tan solo para amar?

Sigue mis pasos, hermosa,
hácia un mundo seductor;
tú eres delicada rosa
que ha de reinar orgullosa
en el jardín del amor.

Angel.... ¿Dónde vas, niña querida,
ay! teme pues, de las pasiones
la amarga y profunda herida,
ellas son los aquilones
del récio mar de la vida.

Bajo mis alas de nieve
un asilo te ofrecí,
deten, deten el pié breve,
no soy yo quien llorar debe.
y llorando estoy por tí.

Diablo.... No te abandone el valor
tu camino al emprender,
y nunca olvides, mujer,
que la dicha es el amor,
y el amor es el placer.

Angel.... Salvarte, hermosa, es mi anhelo,
con tierna solicitud;
tu guía seré en el suelo
que la dicha es la virtud,
y la virtud es el cielo.

(Se continuará.)

REYES

que han residido ó visitado á Sevilla despues de su
conquista á los Sarracenos.

S. Fernando que la conquistó y residió en ella
hasta su muerte.

D. Alfonso X que vivió y también murió en ella.

D. Sancho IV residió en ella muchos años y fué
el primero que el año de 1293 sacó procesionalmen-
te la espada de S. Fernando, llevándola con sus
manos.

D. Fernando IV que nació y residió muchos
años.

D. Alfonso XI estuvo en varias ocasiones.

D. Pedro I lo mas de su reinado lo pasó en
Sevilla.

D. Enrique III vivió en ella algunos años.

D. Juan IV tubo su córte en Sevilla.

D. Enrique IV residió varias veces.

D. Fernando V y doña Isabel I estuvieron mu-
chas veces.

D. Carlos V celebró sus bodas en esta ciudad
con la Infanta doña Isabel de Portugal.

D. Felipe II en el año de 1570.

D. Felipe IV el año de 1624.

D. Felipe V estuvo tres años con toda su fami-
lia, por consiguiente residieron en ella D. Fernando
VI y D. Carlos III antes de ceñir la corona.

D. Carlos IV antes de abdicar la corona.

D. Fernando VII el año de 1823, en cuyo
tiempo nació el infante D. Enrique.

Hoy residen en ella la Serma. Sra. Infanta doña
Luisa Fernanda con su augusto esposo el Serma.
Sr. Duque de Montpensier y sus cuatro hijas, nacidas
todas en esta ciudad. Solo resta para mas gloria
de esta ilustre ciudad el que su amada Réina doña
Isabel II se digne un día honrarla con su presencia.

J. A. Fernandez.

Costumbres Orientales.

En prueba de lo errado que han estado algunos

escritores atribuyéndole á los chinos una civilización más adelantada que la nuestra, tomamos del Periódico la *Ilustración Inglesa* el siguiente artículo.

«Un misionero de Mandchuria da sobre la vida de los chinos los curiosos detalles que siguen:

El alimento de los chinos es insípido por lo común. Cuando quieren hacer grandes comidas, como los extremos se tocan, de una sencillez salvaje caen en una afectación ridícula.

Sacan á la mesa manjares muy raros y más ó menos singulares, como verbigracia, aletas de tiburón, huevos de lagarto, crestas de pavo real, algas marinas, rabos de ciervo, etc. Todo ello sumergido en calderos de caldo de todos colores, hasta verde. Este plato verde es de rigor en una comida cuando se tiene un convidado respetable. Por lo demás casi todos nuestros cristianos son pobres, y les es imposible hacer alarde de ese lujo grandioso.

Cuando el obispo ó el misionero llega á una estancia para visitar á los cristianos, le tratan con muchas atenciones. Cuecen una gallina en un caldero lleno de agua; compran un poco de arroz y algunos panecillos cocidos al vapor, amasados con levadura de potasa y blanqueados con vapor de azufre, de suerte que están blancos por dentro y amarillos por fuera. Si hay cerca un mercado compran algunas libras de puerco fresco.

A los chinos no les gusta el carnero, prefieren la cabra, pero esta carne no abunda. En cuanto á los bueyes, solo matan aquellos que están muy viejos ó causados. Por lo demás, lo mismo sucede con todos los animales que trabajan. Repito que en la China todo se come, el animal que no sirve y el que está devorado por una enfermedad cualquiera. Los perros se reservan para las grandes recepciones, así como los gatos.

Nuestras legumbres son: nabos enormes y *petsae* especie de berza-colza. Durante el invierno las conservan en hoyos cubiertos. Los Chinos no tienen cuevas; como sus casas no son más que cobertizos, las cuevas son imposibles. Durante el estío tenemos espinacas, lechugas y judías; también hay guisantes, berenjenas, batatas, patatas más pequeñas y menos farináceas que las nuestras; melones muy pequeños, sandías, calabazas, etc. todo muy insípido. También se cultiva el pimiento. Este es bien pobre y miserable.

En el Sur del imperio hay algunas frutas tropicales. La naranja, de la que se hallan especies deliciosas, solo se encuentra más allá de los 30° de latitud hacia el Norte. En el Chantong, el Petchely, el Chansi y otras provincias situadas entre el 30 y el 36 grados crece el nispero, especie particular de la China y que es superior al europeo. Su fruto llamado *che-se*, es tan grueso como la naranja y de un amarillo de oro.

En cuanto á nuestras frutas de Europa, peras, manzanas, ciruelas, cerezas, melocotones y albaricoques, son muy raras, insípidas y de calidad inferior ó mala. Es porque en estos países de Oriente solo se conoce invierno y verano al frío; sucede un calor excesivo que apresura y precipita la madurez de las plantas. Estos climas son poco favorables á las huertas porque faltan los estaciones templadas de Europa.

En la China las costumbres no permiten á las mujeres salir á los tablas; los artistas que desempeñan el papel de mujeres se coronan la cabeza de flores y se pintan la cara con málices pálidos y lívidos. Cada cual desempeña su papel gritando, aullando á veces, vociferando siempre en falsete, con el acompañamiento ó encerrada de una música infernal de tantanes, panderetas, bombo, cuernos de búfalo, flautas y violines destemplados.—Un violin cuesta media peseta.

Las piezas, sean comedias ó tragedias, no se dividen en actos, escenas, etc. Son rasgos de historia ó de novela, anécdotas más ó menos completas, y para eso, los actores, sometidos á la voluntad de los que los han llamado, apenas hacen más que representar un episodio de esos mismos dramas.

Hecho esto, pasan á otra cosa sin más ceremonia, según el programa tratado de antemano. Suelen estar en la escena tres días enteros desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, excepto el tiempo de la comida. Por lo regular los teatros se instalan en medio de un camino ó en una esplanada, al aire libre.

Las lluvias y el granizo hacen á veces los entre actos y entonces cada cual echa á correr, pues los chinos que soportan el sol no pueden aguantar la lluvia.

En medio de la canícula se ve siempre una muchedumbre, las mujeres con la cabeza desnuda, en pie bajo un cielo de fuego, sin moverse durante tres días para esenchar ó mirar la comedia, y no es porque comprendan mucho. Esas piezas están sí en estilo popular, pero los actores no recitan, sino que cantan y de falsete, de modo que entre veinte personas, quizá no hay una que sepa de que se trata y que pueda analizar aquellos gritos salvajes inarticulados.

Pero á fin de llamar la atención, los actores, sobre todos aquellos que desempeñan los papeles de criados, que son como unos payasos, saben añadir al drama muchas reflexiones barbalescas, y luego á cada instante sobrevienen esas encerradas que operan en la muchedumbre un efecto mágico; parece que se magnetiza con el ruido. Los artistas son pagados por los habitantes de los lugares en que trabajan. Como todo está al aire libre, todo el mundo tiene entrada. Una representación de tres días á grande orquesta cuesta de ciento á ciento cincuenta francos.»

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de fuera que para el día 28 no hayan satisfecho su trimestre no extrañen deje de remitirse el periódico.

Editor responsable, José M. Moreno y Jimenez.

SEVILLA 1858.

IMPRENTA DE JUAN MOYANO Y COMPAÑÍA.
Colcheros 21.

PER

Sale cuatro
Para cada
man, un billete
papeletas de la
nes gratis.

Año

A nu

**Estando
la empresa
el prospecto
al Gobierno
designaciones
y papeles
den á aquél
poder. Es
to que el
designacion
do que el
lebra el**

Noticias de la
el

EXTRACTO

En veinte
un terno c
si no tomá
en mí la d
El quince,
y aunque
¿No están
cincuenta
Decírcles ta
«y esto t
que siemp
toda cába
Advertirle
que aunqu
se anticipa
88= no de

90= El